

Saca a la luz, hoy, el Colectivo Giner de los Ríos su sexta carpeta; en esta ocasión gracias al patrocinio que le presta la bodega Descalzos Viejos en cuya remozada e incomparable sede nos encontramos. La presentación, creo, correspondería a quien es su presidente, Manolo Casillas, y a quien es el alma de una organización que lleva años dando a conocer, de mil maneras, la pequeña o grande historia de nuestra Ronda; algo que no es nada fácil y que por el bien de nuestra ciudad esperamos siga haciendo durante mucho tiempo.

Dicho esto, sólo unas líneas a modo de presentación del contenido de la carpeta que, como saben, se dedica a los viajeros.

## **LA MIRADA DEL VIAJERO**

Asegura Díaz-Plaja, que somos perpetuos aprendices del arte del mirar, o lo que es lo mismo, que nos pasamos la vida lanzando nuestra mirada hacia lo que nos rodea sin conseguir nunca, pese a tan tenaz y persistente ejercicio, una maestría en tan, en apariencia,

sencillo quehacer. En cualquier forma, partiendo de aquí, diríamos que, de nuestra actitud y decisión al utilizar la mirada, se pueden interpretar diversas formas de observación de nuestro entorno.

Miramos, desde luego, y es la esencial actividad de nuestro órgano de la visión, para conducir nuestros pasos por un terreno seguro o para reencontrarnos con objetos y personas ya vistos antes, en una manera de reconocimiento de algo ya vivido en un pasado más o menos cercano.

Y miramos también, y es una de las actividades, cuando la emprendemos, más nobles, con ojos inquisitivos, es decir, con afán de aprendizaje, de conocimiento, de descubrimiento; con la visión asombrada de un infante que, por vez primera, recibe la impresión en sus pupilas infantiles de un escenario sorprendente, apabullante de cromatismo, de luminosidad, del esplendor inherente al cosmos que nos rodea.

Mirada límpida de niños llevamos, como prioritario bagaje, cuando viajamos, y si lo hacemos por solaz y no por obligación; si lo que perseguimos es, sencillamente captar, aprehender la

esencia de las cosas, la verdad es que nos valen más nuestros ojos que un equipaje material del que, en esos casos, podríamos prescindir.

Mirada infantil, es decir, idéntico bagaje espiritual, e interés de percepción por los lugares que iban a visitar, traían los viajeros que desde otras lejanas tierras, se acercaron desde siempre a recorrer nuestro país, Andalucía, sobre todo, y a Ronda, con frecuencia, dentro de ella.

El viaje, en su sentido más primario de traslado de un lugar a otro, tuvo motivaciones en su origen de fines de subsistencia o provocado por el rechazo hacia un medio agresivo. Fue, sin lugar a dudas, una constante en el horizonte difícil de nuestros ancestros más remotos. Era una forma de huida obligada buscando mejores pastos para el ganado o condiciones más óptimas de vida en un asentamiento duradero, algo manifiestamente alejado de lo que hoy entendemos por viajar, ese placer del espíritu.

Durante varios siglos más, igualmente, por diversos imperativos sociales o familiares, se viajó de forma obligada, aunque con una diferencia notable ya: la de que, dependiendo de las aptitudes

receptivas del viajero, no se descartara, de forma adicional, la oportunidad de sacar un beneficio cognoscitivo extra al periplo, acercándonos ya, de forma tímida, al viaje tradicional que vendría más tarde.

Fueron los ingleses los que, en el siglo XVIII, darían un giro radical al sentido de los viajes, introduciendo la moda de enviar a sus hijos, tras acabar sus estudios superiores, al Continente, en un largo período que iba de uno a tres años. Era un privilegio, sólo al alcance de la gran burguesía o de la aristocracia de fortuna, y mirando más a la distinción que se suponía otorgaba el hecho en sí al lustre de los apellidos, que a la cultura que podían adquirir en todo ese tiempo sus hijos viajeros; en una progresión que sería ésta: más riqueza familiar igual a mayores gastos, a duración mayor del viaje, y a mayor prestigio, más consideración social, en resumidas cuentas, si es que cabía.

Por lo que respecta al viaje aunque admitía variaciones en su desplazamiento y destinos , en función de lo que hemos comentado antes, se trataba de un recorrido por determinados países europeos, con estancias en varias ciudades señeras, París, Roma, Florencia o

Venecia, sobre todo, que contaban con una gran tradición en el campo de las artes y de las letras, y en las que se consideraba fundamental vivir un cierto tiempo para empaparse del ambiente cultural que transmitían y, de paso, adquirir en sus universidades o través de clases especializadas los conocimientos superiores que se pretendían. De cualquier forma, la lentitud de las comunicaciones y la necesidad de ir quemando etapas, durante el tiempo que se prolongaba el trayecto, daba mucho para ver a través de estancias cortas en muy diversas ciudades y naciones.

Por estos años, cuando con este inicio empezaban a ser frecuentes los viajes de las clases elevadas inglesas por Europa, la Península era todavía una hoja en blanco, sin anotaciones apenas en las agendas de los viajeros; tanto por ser un destino alejado de los circuitos al uso, desconocido, que imponía temor y respeto, como por imposiciones de política exterior de determinadas potencias europeas respecto a España, con la que mantenían actitudes beligerantes.

A favor de los viajes por la Península, partiendo de Andalucía, y a veces la mayoría, sin traspasar sus límites, hay un factor nuevo que ya desde mediados del XVIII, cuando está consolidada la posesión de

Gibraltar como colonia británica, va a influir decisivamente en la orientación y proliferación de aquéllos.

Serían los militares de la guarnición de Gibraltar los que, un poco ahuyentando la atmósfera opresiva, de vigilancia constante a que les obligaba la situación de la Roca, y otro poco por esa curiosidad innata que todos llevamos dentro de explorar las tierras colindantes a las que ocupamos, empezaron a adentrarse por las españolas; hoy aquí, en excursiones cortas de sólo unas horas, y otros días unas leguas más allá, prolongando la duración e intensidad de aquéllas hasta convertirlas en verdaderos viajes, en los que tan importante era el jinete como la cabalgadura, que a sus lomos los trasladaba por parajes por los que, a decir de todos, mucho había que guardarse. En cualquier caso, su condición de miembros del ejército inglés, con el valor y las armas que debían acompañarles, bastante aportaría a la salvaguarda del viaje. Y tanto tuvo que influir ambas circunstancias en la seguridad del viaje, que en más de un siglo de vagabundear estos ingleses por fragosidades que se tenían como una de las más peligrosas de la Península, ni el más mínimo tropiezo vino a su encuentro, según dan fe sus relatos.

Tanto gusto encontraron, además, en ir alargando las jornadas ecuestres por nuestros campos y montes, salvando escollos que insalvables parecían, arribando a aldeas ignotas de interminables nombres árabes, desde La Línea a San Roque, desde Jimena a Gaucín, desde Algotocín a Benalauría, Benarrabá o Atajate, hasta dar con sus molidos huesos en estos lares; una y otra vez, con una adicción inesperada a una naturaleza soberbia en su profundidad y magnificencia, por senderos de cabras, que ni siquiera eso eran, que acabaron forjando su propio camino: “el camino inglés”; un camino de descubrimientos insólitos, en el que nuestra Serranía era la antesala y Ronda la puerta, ambas grandiosas para iniciar otros viajes, sobre todo, los que conducían a Granada, Málaga o Sevilla, aunque quedaba abierto, desde aquí, en su totalidad, el mapa de España.

La colaboración imprevista, pero continuada de Gibraltar, a través de sus militares sería, sin proponérselo éstos, sustancial en la difusión del nombre de España como un destino al que, a partir del XIX, mayormente, cuando se apagan los ecos de nuestra guerra de la Independencia, toda Europa quería acercarse.

Los franceses, por razones de vecindad; como simples turistas ahora y no como conquistadores, tanto por lo que les han contado de España sus cronistas de las guerras napoleónicas como por lo que incesantemente les repiten nuestros visitantes ingleses, son los siguientes que en número y calidad de sus viajeros fijan sus miradas en nuestras tierras. Aunque tarde en llegar, no por ellos escatiman elogios para nuestras cosas, nuestros monumentos y nuestras mujeres; de tal forma que con la ayuda del romanticismo en boga, fabrican mitos aquí que tienen como protagonistas a nuestra gente, con una facilidad asombrosa; siempre bordeando los límites imprecisos entre la realidad y la fantasía y de paso poniendo una pica más para la llegada de nuevos viajeros, porque es el cuento de nunca acabar.

Y como el protagonista real de esta noche, espléndida por demás, es el vino, acabamos nosotros también. Aunque antes, obligado es desear la mejor de las andaduras para el que ahora se presenta. De entrada, arropado viene ya con privilegios de cuna y sangre de difícil adquisición. Entre otros, el nacer a la sombra de estas seculares paredes o el crecer las vides que lo nutren empapándose de

las prodigiosas luces, brisas, olores y colores que tienen su origen en los senos y confines de nuestra soberbia Serranía. Bienvenido sea.